

La educación en debate

#45

octubre
2016

Suplemento

unipe: UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA BUENOS AIRES

¿La escuela es un escenario de violencia?

por Diego Herrera, Mariana Liceaga y Julián Mónaco*

Un alumno le pegó y roció con aerosol a una profesora de Química porque no le gustó la nota que le puso. Con ese título de junio, *Infobae* se sumó a la lista de medios masivos que ponen la lupa en las violencias que las comunidades desatan en la escuela: el adolescente que amenazó de muerte al profesor o ingresó armado, la madre que golpeó a una directora, o los casos del ahora llamado *bullying*. Dice una vieja definición: noticia no es que un perro muerda a un hombre sino que un hombre muerda a un perro. El criterio de noticiabilidad que marca gran parte de la agenda mediática hace que la excepción se confunda con el hábito y, así, hechos que ocurren esporádicamente cobran una presencia desmesurada. En cambio, las violencias que muchos niños, niñas y adolescentes sufren todos los días son silenciadas. Por eso, si se toma en cuenta la vulnerabilidad de la población más joven de las periferias, la escuela –lejos de ser un lugar violento– parece ofrecer cierta protección y amparo. “En un contexto de múltiples violencias, la escuela es un lugar de contención –señala Daniel Ferro, director de la Escuela Primaria N° 10 de Barracas–. El pibe no nos cuenta que se desbordó la tapa de la cloaca en su casa, pero sí que la madre le pegó con el cinto o que el padre le pegó a la madre porque estaba alcoholizado. Eso nos llega porque la escuela se transforma en un lugar de acompañamiento y creo que también de involucramiento.”

Las noticias que hacen foco en episodios brutales casi nunca reparan en las violencias cotidianas que los propios alumnos padecen. Hacia finales de 2015, durante una serie de clases de Lengua y Literatura en una escuela secundaria de la Comuna 4 de la Ciudad de Buenos Ai-

res (1), se les pidió a los estudiantes que describieran sus barrios. A raíz de esa consigna surgieron varios aspectos que preocupan a estos adolescentes. La mayoría ligados a situaciones de distintos grados de violencia. Los robos (y la violencia que los rodea) son el aspecto del que más se quejan: “Mi barrio está lleno de robos, autos desmantelados y quemados, balceras cada semana”; “vi gendarmes disparando a ladrones”; “hay *gachines* que roban a la gente que pasa con sus hijos”. También asocian las drogas con situaciones violentas: “Transas vendiendo al lado de los chicos muestran los fierros. Cuando se agarran a tiros no les importa nada quién está”; “mi barrio es feo porque la droga corre por todos lados [...] la venden enfrente tuyo y no podés hacer nada porque te matan”. Las muertes por armas de fuego aparecen en varias de las descripciones: “Cuando las mamás escuchan un tiro salen corriendo a ver si sus hijos están bien”; “en las iglesias se ven muchas fotos de chicos muertos por las balas”. En otros casos, las fuerzas de seguridad aparecen, por acción u omisión, como generadoras de violencia: “Hay gendarmes abusando de su autoridad”; “los policías nunca hacen nada, están sentados tomando mates. A veces boludean dando vueltas en la camioneta, o si no se agarran a tiros con los pibes que paran en la esquina”.

Estos estudiantes también registran otras violencias menos estridentes pero de mayor persistencia. Las condiciones de vivienda y la urbanización precaria constituyen una realidad que los inquieta: “La gente vive en casas en mal estado”; “tachos de basura quemándose, perros muertos en la calle, vagabundos pidiendo pan, gatos muertos por los perros”; “nenes con ropa toda sucia y rota”; “hay mucha basura en los botes de

basura”. En menor medida, aparecen referidos episodios de violencia intrafamiliar contra niños, niñas y mujeres: “Chicos y chicas violados por sus familias, nenes y nenas golpeados muy mal. Mujeres abusadas, maltratadas por su propio marido o padre”.

Si bien algunos de estos textos rescatan rasgos de solidaridad (“algunos vecinos son buenos”; “hay mujeres que trabajan en comedores para personas necesitadas”; “hay madres que ayudan a los más necesitados”; “hay gente que a la mañana se levanta temprano y se saludan y trabajan todos juntos, se llevan muy bien y se cuidan las cosas entre todos”), predomina una visión negativa del barrio. En el libro *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*, María Fernanda Berti y Javier Auyero subrayan que hablar sobre la violencia en las periferias puede utilizarse para reforzar estereotipos. Sin embargo, si no se rompe ese silencio, parecería que esta violencia no existe. Es claro que se trata de un escenario que los vecinos no eligen, sino que, más bien, les es impuesto por un territorio regido por relaciones económicas desarrolladas en marcos de informalidad, precariedad y, a veces, ilegalidad. En consecuencia, las maneras de resolución de los conflictos también tienen poca institucionalidad. No se trata sólo de ausencia del Estado, sino de formas específicas que éste tiene de operar sobre determinados territorios.

¿Moralizar o dialogar?

Estas violencias del contexto, en ocasiones, son reforzadas por ciertos mecanismos institucionales. Griselda Galarza, docente de la Escuela de Enseñanza Media N° 3 del Bajo Flores, expone el problema: “Cuando uno entra en la sala

de profesores y escucha ‘pobrecito, cómo va a entender si recién llegó de Bolivia’, estamos claramente ante una violencia en el terreno de lo simbólico”. Este tipo de acciones, según Galarza, tiene consecuencias de largo alcance: “Cuando el adulto etiqueta, predestina un futuro. Si yo digo ‘este pibe va a ser chorro’, no es algo menor porque la etiqueta se internaliza”.

Norma Ibarra es auxiliar docente de la Escuela Secundaria Técnica de la Universidad Nacional de Avellaneda, donde además estudian sus tres hijos. La institución está en Wilde y recibe, en gran medida, a estudiantes del barrio Azul. “Creo que lo más violento que escuché en mi vida fue decir a un profesor de la Escuela N° 20 de Wilde: ‘¿Para qué luchar por ese chico que no tiene futuro?’”, recuerda. Por otra parte, Ibarra dice que a veces los docentes no tienen en cuenta las realidades de los alumnos: “Si un chico no tiene un lápiz, le preguntan qué hace su padre. No le preguntan porque tal vez el papá eligió comprar un litro de vino y no un lápiz”. Galarza reflexiona sobre estas limitaciones de los docentes: “Cuando nos encontramos con la dificultad en la escuela, el modo que tenemos de defendernos y reaccionar es etiquetando: ‘Con este pibe no se puede’, ‘mirá la familia que tiene’. Seguramente son cosas que forman parte de la realidad del pibe, el tema es ver qué hacemos con eso, qué escena le montamos al pibe para que pueda encontrar otra cosa”.

En otras ocasiones, los docentes logran desarmar esos mismos estigmas. Silvia Duschatzky –investigadora de FLACSO Argentina– recuerda que en una escuela de Parque Patricios, cuando una docente les preguntó a los chicos de quinto año qué querían hacer al terminar la escuela, una adolescente respondió: “Yo, puta”. “Cuando salen al recreo –cuenta Duschatzky–, la docente se le acerca y le dice: ‘Macarena, sabés que no está bueno porque no la vas a pasar bien. Vas a tener que hacer cosas que no te gustan, te van a maltratar y no vas a ganar un mango. No creas que es lo que vos escuchás en la tele de ciertos personajes que eligen ser gatos y tienen mucha gaita. Te van a someter. Yo a vos te veo actriz’”.

Entonces, ¿qué hace y qué puede hacer la escuela para no reforzar las violencias que muchos chicos sufren afuera? Más allá de sus límites parece ser un ámbito de relativa protección frente a las violencias más crudas. Auyero y Berti investigan las acciones que producen daño físico en el barrio Arquitecto Tucci de →

Felipe Pino, *Parque japonés*, 1993 (Gentileza Fundación OSDE)

→ Lomas de Zamora. Este trabajo tuvo su raíz en la constatación de una realidad preocupante: cada vez mueren más jóvenes en la periferia de la Provincia de Buenos Aires. Pese al relato de episodios muy crudos, los investigadores aclaran: “En los dos años y medio que duró nuestra investigación, fue escasa la agresión física interpersonal que presenciamos en el interior de los establecimientos educativos” (2).

En junio del año pasado, el asesinato de Agustín Marrero a manos de su padrastro puso en escena, por un lado, la violencia que muchos niños sufren fuera de la escuela; y, por otro, los límites de la institución escolar para prevenir estos casos. Elsa Vincová (53), la directora del Jardín N° 2 del barrio porteño de Flores al que concurría el niño de cinco años, y Alejandra Bellini, la docente de la sala, fueron separadas de su cargo. El argumento fue que no habían tomado los recaudos suficientes para evitar la muerte de Agustín. La medida provocó el único paro docente de todos los sindicatos porteños durante el último gobierno de Mauricio Macri en la Ciudad. Finalmente, la maestra y la directora fueron reincorporadas. El intento de responsabilizar a las docentes por la muerte del niño terminó por poner en escena la falta de recursos y de apoyo de otras instituciones.

Daniel Ferro habla de “hipocresía gubernamental”: “Hay protocolos y muchas comunicaciones que indican cómo proceder. Pero a la hora de los hechos reales, muchas veces quienes deberían actuar no lo hacen. Las defensorías zonales o el Consejo de los Derechos del Niño están completamente vaciados de recursos. Se plantea un protocolo, pero después los organismos no tienen los profesionales suficientes para seguir los casos”. La sensación que queda en las escuelas –agrega Ferro– es que los protocolos apenas sirven para cubrirse legalmente y no resuelven nada: “Al día siguiente quizá al pibe lo recontra sacudieron en la casa, pero se supone que el directivo hizo lo que tenía que hacer”.

Ferro confía en el diálogo con las familias para resolver los conflictos. “Muchas de las situaciones que salen en los medios –dice– son extremas y tienen circunstancias muy específicas. Creo que cuando la escuela tiene capacidad de escucha es difícil que haya una reacción violenta de los

No puede despreciarse el efecto que los medios tienen en la formación de la percepción sobre la violencia.

padres.” Sin embargo, para que la estrategia funcione, la escuela, en lugar de moralizar, debe estar preparada para dialogar: “Quizá muchas veces estamos esperando a los papás para retarlos, para ‘pegarles’. Somos un lugar más donde el Estado le pega a ese padre que ya viene fragilizado. Si la escuela se convierte en otro lugar de lo punitivo, del permanente dedo que señala e indica lo que está bien y lo que está mal, estamos abonando un campo fértil para que haya una reacción violenta”.

“No alcanza con sacar del aula al fulanito que es el violento para tener una charla larguísima –opina Galarza–. El que empuja al otro y le dice ‘boliviano de mierda’ se anima a ponerlo en acto, pero seguramente lo piensan muchos otros. Entonces, la discusión hay que reponerla en términos más grupales y más colectivos.” Según la docente, los consejos de convivencia pueden ser una herramienta para abordar estas problemáticas: “Sirven cuando se arma un cuerpo de estudiantes delegados y cada vez que hay un problema se discute en ese ámbito. Puede ser un ámbito donde los pibes discutan entre pares”.

En 2014, el Observatorio Argentino de Violencia en las Escuelas elaboró un informe sobre la percepción acerca de la convivencia, el conflicto y la violencia en la escuela (3). Para ello fueron entrevistados 26.626 alumnos del nivel secundario –de escuelas públicas y privadas– en las veinticuatro jurisdicciones del país. Un dato alentador: el 84% dijo sentirse bien en el colegio. En cuanto a la percepción de la violencia en las escuelas a las que los entrevistados asisten, el 67% opinó que es “poco y nada grave”. En cambio, cuando estos adolescentes opinan sobre la violencia en otras escuelas de la zona, casi la mitad percibe que es “muy y bastante grave”. Es significativo que cuando los alumnos no experimentan la realidad de manera directa perciben un escenario más violento. Para explicar el fenómeno no puede despreciarse el efecto que las noticias difundidas por los medios tienen en la formación de la percepción sobre la violencia en las escuelas.

El informe, por último, realiza un análisis interesante de los datos obtenidos: “El hecho de ser alumno de escuela de gestión estatal se acompaña de una alta percepción de la violencia, pero de un bajo reporte de violencia sufrida o realizada, mientras que a la inversa, el hecho de ser alumno del sector privado se acompaña de una menor percepción de la violencia pero una mayor tendencia a haber sufrido o provocado violencia”. Es decir, la percepción relativamente alta sobre la violencia en la escuela pública no se correspondería con la violencia efectivamente sufrida o ejercida.

Adentro y afuera

“Anoche estábamos comiendo con mi familia y empezamos a escuchar tiros. Al otro día me levanté para venir a la escuela, abrí la puerta de mi casa y ahí nomás había un charco de sangre. Quedé tildado”, dice Facundo Canteros. Este chico de 16 años se crió en el barrio Azul y es estudiante de primer año de la Escuela Secundaria Técnica de la Universidad Nacional de Avellaneda. En la escuela se

siente cuidado: “Acá me despejo de todo. A veces había choques con los chicos que venían de Isla Maciel, pero ahora se calmó todo y nos hablamos bastante bien”.

Norma Ibarra vive sólo a unas cuerdas de la casa de Facundo, pero tiene varios años más que él. Su experiencia de vida sintetiza muchas de las violencias a las que están expuestos los vecinos de los barrios de la periferia: “Muchas veces las mujeres acá sobrevivimos. Capaz que tenemos un marido alcohólico o un pibe en la droga. Tenés que convivir con la delincuencia. Se te enfermaron tres hijos y en el hospital te dicen que lleves al más enfermo. No te dan tres turnos. Todo el tiempo tenemos que dar explicaciones de por qué tuvimos hijos. Capaz que una mina con título de doctora te dice: ‘¿Para qué esperó que se le enfermen los tres?’”.

La palabra “violencia” es muy usada pero muy poco precisa. Se la utiliza para nombrar y explicar fenómenos similares. Además, cuando se habla de ella, generalmente se la asocia a la inseguridad: un mal que sólo sufrirían las clases medias y altas. “No tengo un mapeo de violencias, pero es un tema ríspido. El problema más grave es que se tiende a ubicar dos lugares: el del violento y el del violentado. Y esa es una de las grandes encerronas que se produce: generalmente cada vez que se cae en ese binarismo sale lo peor de nosotros como grupo social”, reflexiona Silvia Viñas, integrante de la Cátedra Libre de Derechos Humanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. “La violencia de la criminalidad o el delito –plantea– no tienen visibilidad ni valor cuando ocurre en la villa. En un determinado barrio genera alarma, en otro pasa desapercibido. Entonces el tema no es negar la violencia sino trabajarla desde un lugar que no lleguemos a binarismos ni alarmismos.”

La escuela sigue siendo fuente de innumerables violencias simbólicas, pero –también hay que decirlo– conserva cierta eficacia para preservar a su comunidad de otras violencias más extremas que ocurren afuera: violencia de las fuerzas de seguridad; violencias ligadas a la vulneración de derechos a la vivienda, la salud, los servicios básicos, el transporte; violencia intrafamiliar; violencia de las organizaciones criminales, etc. Una y otra vez se escucha que a la escuela se le pide demasiado, pero quizá sea una de las pocas instituciones que aún puede dar respuesta a esos pedidos. La mayor fragilidad de la institución escolar radica en no ayudar a extender esa relativa calma más allá de sus puertas. Esto se explica por un vínculo débil con las familias, las comunidades y las organizaciones de los barrios. La escuela es un lugar propicio para conocer y acercarse a las causas de distintos hechos violentos. Ahora bien, para poder hacerlo hay que ensanchar sus límites: ir más allá del aula y de la sala de profesores. ■

1. Se omiten los nombres de la institución y de los estudiantes porque no fueron textos escritos para ser publicados.

2. Javier Auyero y María Fernanda Berti, *La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense*, Katz, Buenos Aires, 2013.

3. “Relevamiento estadístico sobre clima escolar, violencia y conflicto en escuelas secundarias según la perspectiva de los alumnos”, Ministerio de Educación de la Nación, Buenos Aires, 2014.

*Miembros del equipo editorial de UNIFE.

MIGUEL ÁNGEL PALAZZANI,
TITULAR DE LA PROCURADURÍA DE VIOLENCIA INSTITUCIONAL

La palabra de la víctima

Creída en 2013, la Procuraduría de Violencia Institucional (PROCUVIN) se encarga de impulsar acciones penales e investigaciones en caso de delitos consumados mediante violencia institucional. Su titular, Miguel Ángel Palazzani, explica su labor y da cuenta de las agresiones que sufren hoy los niños y adolescentes.

¿Los niños y adolescentes pueden ser víctimas de la violencia institucional en la escuela?

La escuela puede –y vaya que lo hace!– ejercer violencia, pero no creo que sea asimilable al término “violencia institucional”. Lo que es todo no es nada y es mejor llamar a las cosas por su nombre para evitar confusiones: cuando la escuela expulsa al conflictivo ejerce violencia escolar, así como las políticas educativas que no dan vacantes provocan desigualdad social. La violencia escolar definida como la participación activa de los agentes del campo escolar en la producción de violencias sobre otros actores de ese mismo campo existe pero es una violencia diferente a la institucional.

¿Qué lugar ocupa la escuela en el mapa de las instituciones que pueden vulnerar derechos?

Me parece que no se puede hacer un “violómetro”, es decir, un ranking de las instituciones que ejercen más violencia que otras porque su sustrato (contenido, historicidad, funciones, recursos, fines, medios, etc.) es tan heterogéneo que son incomparables. En criollo: no podemos hacer una fila de papas y batatas pensando que son lo mismo. No creo que pueda hacerse ese “mapa” sin caer en reduccionismos, simplificaciones o inconsistencias propias de poner en el mismo plano lo que es demasiado diferente. Por otra parte, la escuela como institución homogénea no existe. Creo que hay atravesamientos territoriales, de clase y de otras variables que obligan a analizar la escuela de manera más concreta, menos abstracta. Dudo que sean muy similares las prácticas escolares en escuelas como el “Lenguas Vivas” que en escuelas de barrios destrozados por la exclusión social, o que sean iguales en zonas rurales y urbanas.

¿Cómo puede ayudar la escuela a prevenir la violencia institucional?

Puede ayudar (y mucho) a prevenir o a articular con otros actores frente a hechos de violencia institucional policial. Sabemos que los alumnos de barrios populares son sus destinatarios predilectos. Los docentes, no docentes y padres pueden mantener redes interinstitucionales y hacer llegar los casos a PROCUVIN y otros actores. También pueden propiciarse charlas y talleres para que los alumnos conozcan no solo sus derechos sino también cómo proceder frente a situaciones de violencia. Es importante que la escuela esté presente y escuche activamente los padecimientos de los alumnos y sus familias, que les crean y los acompañen.

¿Qué violencias sufren los niños, niñas y adolescentes fuera de la escuela?

Nosotros trabajamos con casos de violencia institucional, que es la que el Estado baja sobre los chicos y chicas. Particularmente, relevamos la violencia que ejercen las fuerzas de seguridad, pero estoy lejos de circunscribir la violencia institucional al acto material de la tortura o de las detenciones. A eso hay que agregar otro dato: para nosotros, la impunidad es la continuidad de la tortura. Si se tortura y no pasa nada, el mensaje es que se puede seguir torturando. Por eso, nuestro primer eje de trabajo consiste en terminar con la impunidad.

¿Son muchos los delitos de las fuerzas de seguridad que quedan impunes?

Hay una matriz de ineficiencia en los resultados judiciales. El 90% de estas causas se archivan y en los casos restantes hay que lidiar con causas evidentemente armadas. Para nosotros, la palabra de la víctima tiene absoluta preponderancia y tratamos de que nos llegue sin intermediarios. En el caso de la murga de Bajo Flores atacada por la Gendarmería las autoridades políticas sostenían la versión de que las fuerzas respondieron a una agresión de la murga. Mientras el juez escuchaba esa versión, nosotros fuimos al lugar y pudimos mostrar que la agresión fue directamente de Gendarmería, sin que la murga tuviera nada que ver.

¿En qué población se concentra esa violencia?

En este esquema socioeconómico, hay un sector excluido que es el nuevo “otro” a eliminar. Ya sea por hambre, con gatillo fácil o con la cárcel. El sistema carcelario argentino ejerce una violencia feroz. La resocialización y la rehabilitación son una gran estafa. Las víctimas son chicos de barrios vulnerados que portan determinadas características fisonómicas.

¿PROCUVIN trabaja con las escuelas?

Vamos a dar charlas permanentemente. Planteamos el tema, mostramos algo que enganche y después escuchamos a los chicos. Muchas veces aprendemos mucho de la violencia vivida por ellos. Tratamos de explicarles las garantías constitucionales. Lo que sale a la luz es la existencia de un Estado que no va a cuidar sino a disciplinar y controlar.

¿Cuál es el escenario en este 2016?

Todos nuestros indicadores muestran que la violencia institucional ha crecido en la cárcel y en los barrios. Al parecer hay alguna habilitación, un empoderamiento de las fuerzas de seguridad. No solamente con estos colectivos. Hemos estado investigando el caso de Milagro Sala y la represión en Cresta Roja. Hay un colectivo de trabajadores y militantes sociales que es reprimido y disciplinado. ■

D.H.

ROSANA MERLOS Y PATRICIA ROMERO DÍAZ,
GREMIALISTAS

“Lo que vende es el conflicto”

“La escuela no es un campo de batalla de padres contra docentes o alumnos contra alumnos; sigue siendo un lugar seguro para los chicos; a veces suceden episodios muy complejos donde las causalidades son muy diversas, puede haber situaciones institucionales, barriales, familiares o personales.” Esta es la idea que sostiene a lo largo de la entrevista Rosana Merlos, secretaria del Departamento de Derechos Humanos de SUTEBA, que funciona desde que se creó el sindicato.

Merlos asegura que desde hace varios años trabajan para desarmar el término mediático “violencia escolar”, “escuela violenta” o “adolescentes feroces”. Dice que si uno analiza las dieciséis mil escuelas con más de cuatro millones de alumnos que hay en la Provincia de Buenos Aires, se puede afirmar que los conflictos no son frecuentes y que la reiteración de esas noticias va creando subjetividades. “Nosotros decimos que hay violencia y que se expresa tanto en la escuela como en el ámbito laboral, deportivo o familiar”, sostiene la subsecretaria de Derechos Humanos, Patricia Romero Díaz.

Para hacer frente a esta situación compleja y para que el problema no apunte sólo a lo cuantitativo, desde SUTEBA están elaborando un sistema de relevamiento online en el que se registran los conflictos en los territorios a partir de los pedidos de ayuda de los delegados del sindicato. Según Merlos y Romero Díaz, el seguimiento posconflicto es clave. “Si podemos modificar e incidir en la dinámica de la escuela en relación con los actores, vamos a poder prevenir”, dice Romero Díaz. Por eso consideran clave que el Estado acompañe a la escuela en la intervención en estas situaciones cuando el origen de la violencia tiene que ver con cuestiones barriales y que no quede librado a ONG. “No queremos estigmatizar porque las violencias se dan en todos los sectores sociales”, dice Merlos. “Cuando la crisis económica se profundiza y nos seguimos manejando como una sociedad capitalista como si las diferencias no existieran, y a los adolescentes les proponen ser parte de un grupo por tener tal o cual marca, eso es violencia dentro de la familia o sobre el niño porque lo estimulan a consumir cuando se sabe que esas familias no cubren las necesidades básicas”, sostiene Romero Díaz.

El sindicato estudia el tema desde hace tres años, cuando creó un programa de abordaje de situaciones de violencia en el ámbito escolar con un equipo que capacita a maestros y profesores compuesto por trabajadores sociales, psicólogos, abogados y docentes que han transitado e intervenido en situaciones concretas. “No somos corporativos ni defendemos sólo las cuestiones salariales, también defendemos los derechos de los pibes y de los trabajadores”, asegura Romero Díaz.

A través de las investigaciones, advirtieron que hay una real desprotección hacia los trabajadores: no existe en la normativa nacional o provincial nada que hable del resguardo cuando se es víctima de violencia en el ámbito escolar. “Creo que la construcción de la idea de violencia tiene algo también de estigmatización del docente, es quien debería resolver los conflictos y no lo hace. Y ese sentimiento se refleja en el estudio: dicen que se sienten solos porque muchas veces los culpan de lo que pasa en la escuela”, asegura Merlos. Y agrega: “Cuando un compañero atraviesa una situación donde queda estigmatizado, nosotros sostenemos que tiene que haber una reparación pública cuando la justicia defina que no es culpable”.

Frente a ese vacío de protección que existe en relación a los docentes, Romero Díaz contrapone que “sí existen los derechos para los chicos, porque tuvimos que ver con la letra de la ley”. Según las especialistas, la Ley N° 26.061, que contempla la protección integral para niños, niñas y adolescentes, no está del todo reglamentada y aplicada. “La norma plantea una corresponsabilidad entre los ministerios que aplican políticas relacionadas con la niñez y hay zonas donde la escuela queda desprotegida porque no encuentra otros recursos institucionales para acompañar la problemática. La escuela sigue siendo un lugar seguro para los chicos”, dice Romero Díaz.

Según Merlos, los estudios arrojan la idea de un cambio de paradigma: los chicos y chicas se sienten sujetos de derechos a partir de las políticas públicas que ayudaron a incluir en el sistema educativo a muchas personas. “Los puentes entre escuela y comunidad son necesarios porque disminuyen conflictos”, asegura Romero Díaz. Y agrega: “Nosotros tenemos registrado cómo disminuyen los conflictos cuando la escuela tiene proyectos de apertura de la palabra. Esos proyectos potencian vínculos positivos entre los chicos. Pero una escuela que funciona bien, integrada a la comunidad, no vende, no es noticia. Lo que vende es el conflicto”. ■

M.L.

Bullying

“El bullying pone en el centro a una víctima; al resto lo deja en el lugar de hostigador. Eso quita complejidad. Se arma la escuela alrededor de eso, se venden expertos y deja de ser un tema de la propia comunidad, que pierde su condición de sujeto para ser objeto de intervención de otros.” (Silvia Viñas, Cátedra Libre de Derechos Humanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA)

MARÍA FERNANDA BERTI, DOCENTE E INVESTIGADORA

La maestra que pregunta, escucha y escribe

La maestra María Fernanda Berti no salió a buscar las historias que pueblan *La violencia en los márgenes*, el libro que publicó junto al sociólogo Javier Auyero por Katz Editores en 2013: las encontró todas juntas en el aula, en los relatos de sus estudiantes. “Lo primero que me impactó –recuerda– fue la cantidad de familiares presos. Todos los nenes tenían un familiar preso. Me pareció llamativo, algo a lo que había que prestarle atención. Después empezaron a aparecer, todos los días, sin excepción, historias de violencia: en la calle, en la vereda, en sus casas, en lo del vecino; con la policía, con sus papás, con las parejas de sus madres. Y eso ellos te lo cuentan, lo traen al aula.”

Berti obtuvo su título de maestra en el Instituto Superior de Formación (ISFD) 102 de Banfield en 2004 y trabaja en escuelas primarias de Ingeniero Budge desde hace doce años. Como muchas maestras, lo hace en dos turnos corridos y en la misma institución: “Cuando hicimos el libro tenía a los chicos más grandes. Ahora trabajo con primer grado a la mañana y con cuarto a la tarde. Pero los chiquitos también hablan. El otro día estábamos haciendo un ejercicio de poner deseos y tuve que cerrar la ventana porque se escuchaban tiros. Los tiros son muy habituales”.

En su argumentación, Berti y Auyero trabajan con la hipótesis de que las violencias, habitualmente estudiadas por separado (violencia escolar, violencia doméstica, violencia estatal) funcionan, en los hechos, siempre conectadas. “Están encadenadas –enfatisa Berti– y

no las podemos pensar por separado porque sería un error. Lo que hay que investigar es qué parte de la cadena sufre más.” Se desmarcan, entonces, de la idea de “violencia escolar”: “Es una idea que está muy vaciada y que sugiere que los pibes están todo el día pegándose dentro del aula o haciéndose *bullying*. Pareciera que ‘violencia escolar’ nombra todo lo que pasa en la escuela, pero cuando un concepto se usa para explicar todo, en realidad no está explicando nada. No tengo la mirada puesta ahí. No me impactó lo que pasaba dentro de la escuela, sino lo que pasaba afuera, en el barrio, y cómo eso se metía. Además, eso es lo que más sufren ellos”. Y agrega que en su escuela no ocurren situaciones graves de violencia: “No hay casos graves. Ni siquiera con los papás. Sí pasa que hay bastante discriminación hacia los chicos de la comunidad boliviana, que es muy grande en Budge. Eso sí lo trabajo mucho”.

No siempre las maestras se sienten capaces de problematizar situaciones de violencia que afectan a los estudiantes en el aula: “Son temas muy difíciles de trabajar –explica Berti– y además no hay recetas. Me ha pasado de conversar con mamás que creen que es mejor que sus hijos estén presos porque están más seguros que en el barrio”. El gusto por la práctica de la etnografía, que aprendió cursando Antropología en la Universidad de Buenos Aires, explica el primer impulso de Berti ante estos relatos: observar y registrarlos todos en un diario de campo que nunca dejó de escribir.

Berti, además, entiende la docencia como un oficio de escucha: en sus clases

pregunta, piensa y vuelve a preguntar: “Con los chicos hablo, pero sobre todo los escucho con muchísima atención y respeto, trato de contenerlos. Cuando comparten su dolor por alguna muerte, muchas veces no sé qué contestarles. Trato de hacerlos pensar, de que se pregunten por qué pasan esas cosas. Y ellos mismos van sacando conclusiones. La idea es reflexionar juntos. A veces pasa que algún maestro les explica los hechos de violencia en el barrio diciendo cosas como ‘lo mataron por robar’. Pero para mí la delincuencia no es una elección, entonces no puedo repetir ese discurso. Siempre es más complejo para mí porque trato de no caer en esos discursos fáciles”. Los chicos, asegura Berti, no naturalizan la violencia, pero sí están acostumbrados a ella: “Acá es habitual para un chico de nueve años haber visto algún muerto en la calle o salir a la vereda y ver balas o escuchar tiroteos. Creo que si lo hablamos en el aula no lo naturalizamos”.

El diario de campo en el que Berti, durante treinta meses, registró las historias de sus alumnos y alumnas al terminar la jornada es uno de los gérmenes de *La violencia en los márgenes*, en el que se privilegia el mostrar por sobre

el contar. “El plan inicial –cuenta– era trabajar cuestiones ligadas a la percepción que los chicos tienen de la contaminación ambiental en el barrio. Pero muy rápidamente la violencia empezó a ocupar el centro de nuestras preocupaciones.” Berti conoció la zona en 1987, cuando militaba en la escuela secundaria, en una de las primeras movilizaciones contra el gatillo fácil que tuvieron lugar en el conurbano bonaerense. La llamada “Masacre de Budge” tuvo como víctimas a tres jóvenes. El paso por la universidad, la militancia y la amistad con Auyero, a quien también conoció ese año, explican, al menos en parte, su vocación por la investigación: “Para mí la investigación es una parte más del trabajo, aunque no es muy común en el mundo de la docencia”. Además, Berti se sigue formando: acabo de terminar un postítulo en Educación en Contextos de Encierro en el ISFD 18, también de Banfield. “Ante tanto dolor yo elegí escribir –cuenta–. Tomar las voces de los chicos. Visibilizar lo que les pasa publicando el libro. Como digo siempre: yo estoy ahí hasta las cinco de la tarde y después me voy. Vivo en el centro de Lomas de Zamora y con la heladera medianamente completa. Nunca me victimizo, yo no siento que me *banque* nada. Los que se lo bancan todo son ellos.”

La escuela en la que Berti trabaja está cerca de La Salada: “Es un dato importante, porque alrededor de la feria se producen todos los días lo que en sociología se llaman *crímenes de oportunidad*. Además, estamos al lado de un santuario del Gauchito Gil que es muy grande. Los días 8 no hay clases y el festejo dura 24 horas. Al otro día los chicos entran al aula y me cuentan historias de tiros, robos y piñas”.

Cuando habla de su escuela, Berti dice que es una referencia para el barrio: “Siempre está abierta a la comunidad y eso marca una diferencia. Hay episodios específicos ante los que los docentes actuamos en forma concreta. Hace unos meses una alumna mía quedó en el medio de un tiroteo y estuvo internada, entonces juntamos la plata para los remedios y también la vamos a ver cada vez que podemos. Y hace poco le prestamos una tarjeta SUBE a una mamá para que pueda denunciar a su pareja que la maltrataba”. ■

J.M.

Mediación diaria

“La mediación que hacemos para solucionar problemas es diaria; hablamos mucho con los chicos. El Programa de Mediación Nacional Escolar acá todavía no llegó, pero tenemos Acuerdos Institucionales de Convivencia –elaborados por padres, docentes, alumnos y personal no docente– y trabajamos el tema en todas las materias a través de proyectos como, por ejemplo, el de Construcción Ciudadana. Aprendemos todos juntos. En mi época te ponían veinticuatro amonestaciones y listo. No se dialogaba. El trabajo con las familias es arduo. A veces los padres piden que sus hijos reciban sanciones más severas. Pero eso no es una opción. Seguimos una serie de pasos: se habla con los que se pelean, llamamos a las familias y, en presencia de los adultos, explican el conflicto. Después hacen un trabajo práctico en colaboración donde reflexionan sobre lo que pasó.” (Marta Vázquez, directora de la Escuela N°144 de La Matanza)

Colección
**Ideas en la educación
argentina**

Volumen 14



unipe: EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Textos de educación, política y sociedad

Emilio Fermín Mignone

Presentación de Augusto Pérez Lindo y Cayetano De Lella

La actual edición, que reúne textos compilados por primera vez, incluye libros, proyectos institucionales, investigaciones, informes de organismos nacionales e internacionales. Estos escritos contribuyen a pensar el sistema educativo desde las políticas y no a través de iniciativas aisladas.

MÁS INFO Y VENTAS:

 editorial.universitaria@unipe.edu.ar

CiN REUN
Red de Editoriales
de las Universidades Nacionales
de la Argentina

L U A
Libro
Universitario
Argentino

www.unipe.edu.ar

Staff

UNIFE:
Universidad Pedagógica

Rector
Adrián Cannellotto

Vicerrector
Carlos G.A. Rodríguez

Editorial Universitaria

Directora editorial
María Teresa D' Meza

Editor de *La educación en debate*
Diego Rosemberg

Redactor
Diego Herrera